

MEDITACIONES EN UNA ZAUÍA

PARA llegar a la Zauía de Sidi Alí, desde Iachire, pueden seguirse dos caminos.

Iachiren es la Oficina de Intervención de las cabilas de Beni Guemil y Mestasa, en el límite occidental del Territorio del Rif.

El camino más corto es difícil. Trepa en dura pendiente para coronar una cresta, que va descendiendo hasta el mar desde el vértice que lleva el elocuente nombre de «Yamâ d'Al-lah». Deja a la derecha, que corresponde al Norte, al poblado de Titula, caserío que aprovecha una pequeña altiplanicie, allá en lo alto. El sendero corona la cresta entre Titula, al norte, y Anual, al sur, nido de águilas mejor que poblado, pero poblado al fin, morada de un puñado de pastores y tercios agricultores, de tradición morabítica y guerrera.

De lado oeste del estribo montañoso y homólogo de Anual y Titula, se hallan los poblados de Isummar y Guel-let. Aquí el terreno es aún más duro porque la pendiente es más abrupta, la erosión más intensa, por todas partes emerge la piedra, que hace de la agricultura una desesperada lucha contra la inclemencia de los elementos, abocada al fracaso del hambre y al parco y ocasional triunfo de unos heterogéneos panes de cebada.

El camino se quiebra en mil rodeos de gargantas y barrancos. Pasa por Tilul-li, caserío de parecidas características, diferenciado acaso por un mayor porte de las manchas de sabina, que se atreven aquí a parecer bosque. Y, de repente, como premio a un último rodeo en cuesta, aparece como un oasis la fracción de Beni Chebún, que ocupa el estrecho valle del río Chebún, que le da nombre. Los poblados de Aulad Chaara y Aulad Abdel-lah confunden su diseminado caserío entre el verdor de las huertas y el perfume de los naranjos.

Pero sobrepongámonos a la llamada de la sensualidad y a la insistente hospitalidad de los chebunis; crucemos el río, que no es más

que una torrentera que se alimenta de las nieves de Beni Seddat, y volvamos a trepar por un nuevo contrafuerte montañoso.

Dejamos atrás el poblado de Buyiber, el paisaje va ganando en grandiosidad a medida que se sube. El camino, aunque de los de herradura, es ahora bastante bueno, porque lleva al Zoco Tenin de Uchgan, ya en la cabila de Metiua (Territorio de Chauen). La vegetación espontánea se espesa: sabina, lentisco, madroño. Se adivina ya el cedro. El decorativo y aromático cedro de Ketama. Un sendero deja el camino de Uchgan a la derecha y se empina decididamente monte arriba. De pronto nos sorprende un grupo de almendros. Más que una plantación, por su irregularidad, el grupo de almendros parece un bosquecillo. Son unos almendros extraños, estoy por decir inquietantes. La altura y la humedad excesiva les dan una apariencia extraña. Sorprenden porque durante un buen trecho la mano del hombre se ha hecho invisible. Estamos en plena naturaleza. Los almendros es claro que han sido plantados allí por el hombre. Pero es que, además, no debieran haber sido plantados. No es aquel su lugar. Y unos inverosímiles proyectos frustrados de almendras mínimas y marchitas nos lo dicen a gritos desde sus ramas. Aquellos almendros no son sólo artificiales, son antinaturales, son absurdos. Y nuestra sorpresa, casi turbación, aumenta al contemplar un vuelo de palomas confiadas y escuchar, desafinando sobre un arrullo de tórtolas, el estridente chillido de unas gallinas de Guinea.

He llamado a aquel trozo de paisaje antinatural; ahora me parece un tanto sobrenatural. Artificioso y sobrenatural como un paisaje de Berceo.

Y en un claro de la absurda plantación de estériles almendros, tropezamos con la Zauía. No se distinguen sus muros terrosos hasta que no se está junto a ellos. Es una construcción modesta, con el mínimo ornato de unas ventanas de marquetería con reja de hierro forjado.

Han sido cinco horas sobre un caballo con dotes de alpinista, las precisas para llegar hasta allí desde Iachiren.

El segundo camino, más largo, con rodeo que duplica o aun triplica la distancia en kilómetros, es más breve para el reloj.

En sus dos tercios sigue los cursos del río Macsulín y del Chebún que confluyen en el poblado de Mestasa, a escasos kilómetros de la costa. Pasa por el poblado de Oaharan, el más rico de la jurisdicción,

después por el de Igansig-gart y, en seguida, por el poblado de Isfula, donde comienza a empinarse, y coincide con el camino anterior, a partir del poblado de Buyiber. Trotando a ratos, y dando alguna corta galopada, se pueden invertir cuatro horas escasas en llegar a la Zauía.

Pero cualquiera que sea el camino elegido será raro que no coincidamos con algún caminante, que también se dirige a la Zauía de Sidi Alí.

Las visitas que recibe Sidi Alí Ben Sidi el Hamid, Cherif Ajamelichi, pueden clasificarse en tres grupos principales: pleiteantes en busca de conciliación, atribulados en busca de consejo, y enfermos en busca de curación.

Podrá extrañar que los enfermos hagan una larga jornada de penoso camino hasta la Zauía, en demanda de remedio a sus males dejando atrás el Puesto Sanitario de Iachiren, o el Consultorio Médico de Beni Bufrah. En realidad ello no supone el desprestigio de los centros sanitarios citados, eficaces y benéficos, en el sentido físico y económico de la palabra.

Es sencillamente que, para aquellas gentes, coincidiendo a medias con las modernas corrientes de la medicina, la teoría del origen microbiano de las enfermedades tiene sólo una validez relativa: hay enfermedades causadas por microbios, y contra ellas posee el médico dos armas particularmente eficaces: el A. T. P. y la Penicilina. Pero hay otras enfermedades que en esas cabilas siguen teniendo por causa a diablos de mayor o menor cuantía, como en los tiempos bíblicos. Desde diablillos burlones que se limitan a producir molestias gástricas, a los truculentos diablos de los ataques epilépticos.

Y es lógico que para las dolencias de origen demoníaco se busque el remedio de las manos de un santo.

Unicamente personas de desmesurado escepticismo, provocado por una larga convivencia con españoles, como el hortelano de la Oficina de Iachiren, llegan a combatir la hipercloridia alternando las aplicaciones tópicas de una oración escrita con la ingestión de algún puñado de bicarbonato sódico.

Entre los atribulados, no es raro encontrar alguna mujer que busca refugio en la Zauía contra los malos tratos de un marido desenamorado, o algún viejo desamparado, que acude en busca de una hos-

pitalidad caritativa, algo como la sopa conventual de nuestro medievo, quizá a cambio de unos nominales servicios como criado.

Los pleiteantes puede que busquen un arbitraje que resuelva una diferencia de límites de terrenos, o un plazo aceptable para el saldo de una deuda, o un reparto equitativo de las aguas de una alberca, o solución a cualquier otro de los litigios complicados frecuentes entre las gentes sencillas.

Si se exceptúa la categoría de los mendicantes en demanda de piadosa hospitalidad, los demás visitantes no llegan a la Zauía con las manos vacías. Llevan algún presente, que puede ser una gallina, o un saquito de trigo, pasas, almendras, etc.

Y así la Zauía se constituye en el corazón de una circulación de la caridad de la cabila, en un movimiento de sístole y diástole, que se centra en el propio corazón del Cherif.

Es Sidi Alí un anciano enjuto, algo cargado de espaldas, de mediana estatura, palidísima tez, ojos profundos y brillantes, nariz aguilena, y una barba blanquísima, en competencia con su inmaculada chilaba.

Todo en él nos habla de un disciplinado ascetismo.

Ceremoniosamente recoge y devuelve los saludos, mientras los modestos regalos buscan pudorosamente el camino de la puerta de servicio.

A cualquier hora que lleguéis a la Zauía está dispuesto el ritual del té, servido en vasos policromados, sobre una repujada bandeja, centro del corro en el que se hablará de lo divino y de lo humano, mientras algún piadoso contertulio musita jaculatorias al paso de las cuentas de su largo rosario o «tesbih».

El Cherif tiene dos hijos adultos, Sidi Mohammed y Sidi Ahmed, que son, al menos en lo exterior, fiel retrato de su padre, con su comedimiento, su pulcritud, su ceremoniosa cortesía, y un sello especial de varones de religión, un poco más allá de las pasiones terrenas, lo que parecen demostrar, y ya es difícil, hasta en el modo displicente y supercivilizado de trinchar una gallina con los dedos, una de esas inefables gallinas, guisadas con pasas, almendras y aceitunas, el conjunto bien especiado y aceitoso.

Sidi Alí va y viene de la sala a las otras dependencias de la Zauía en su diligente atender a las diversas actividades de la casa, a sus distintas visitas, al horario de sus oraciones de precepto —con

sus imposiciones de pureza ritual— y a las exigencias de una prolija urbanidad, especialmente la norma de hospitalidad que obliga al dueño de la casa a no participar en el banquete ofrecido a sus huéspedes, sin reiteradas invitaciones de éstos, invitaciones y ruegos que se desoirán una y otra vez hasta que la minuta vaya mediada.

Lo que empezó con té, termina invariablemente con té, y es en esta última fase cuando suele el Cherif centrar la conversación en el grupo de sus invitados de más compromiso.

¿Cuáles son sus temas favoritos? Naturalmente no puedo dar fe más que de las reuniones en que he participado, y en aquellas ocasiones yo era el Interventor de la cabila. Pero he visto animarse particularmente al Cherif hablando de temas de agricultura y de historia natural. En boca del Cherif la agricultura tiene ecos de Hesíodo, un Hesíodo llegado a Beni Guemil Dios sabe por qué intrincados caminos; y la historia natural un cierto sabor al viejo Plinio. Por otra parte, a Sili Alí, como buen sabio, le agrada más preguntar que dogmatizar.

En una ocasión, elevándonos desde la poda de las vides a la formación de las nubes, vinimos a parar en la Astronomía, y así descubrí, no sin sorpresa, hasta qué punto interesaba el tema al mayor de sus hijos, Sidi Mohammed. Su gran preocupación era comprender el por qué de las fases de la Luna. Y fué de oír nuestra versión de la polémica Ptolomeo-Copérnico, en aquel ambiente, un poco al margen del tiempo, y fueron de ver mis apuros para traducir las leyes de Kepler a mi poco académico árabe.

Por cierto, que con Sidi Mohammed contraí el compromiso, aún incumplido, de remitirle un manual moderno de Astronomía en un árabe menos vulgar que el mío.

La Zauía es de fundación reciente; hacia el año 1920. Al establecerse allí, Sidi Alí se constituyó en avanzada norte de los Chorfa Hamalcha, influyentes, sobre todo, en Sanhaya. Apenas le ha tocado desempeñar el importantísimo papel de una Zauía en el esquema político-social del «Belad es-Saiba», país sustraído a la autoridad del Sultán, como fué, con ligeras excepciones de lugar y tiempo, toda la región central y oriental de nuestro Protectorado.

El orden allí se mantenía girando en torno a tres pilares: El Cadí, o poder judicial —lo de poder entendido con toda clase de reservas—; el Caid, o Chej —con una fuerza basada en el número de fusiles bajo su mando, y el consentimiento paralelo de la Yemâa, causa y efecto a

la vez de su número de fusiles— al que podríamos llamar ejecutivo; y la Zauía, o poder religioso-moral, consejero de todos, y árbitro en los posibles conflictos entre los dos poderes precedentes, o en los más frecuentes de luchas entre dos caídes o jeques. Y como fuentes de derecho, el Corán y la costumbre.

Asusta pensar lo que hubiera sido de aquel mosaico de cacicatos agresivos y susceptibles, fáciles a la algarada y a las venganzas en cadena —deudas de sangre, cuya cobranza engendraba nuevas deudas— sin la influencia moderadora y paternal de alguna Zauía, que siempre se levantaba en lugares estratégicos de cada cabila o grupo de cabilas.

Las Zauías se enlazaban por vínculos de familia o de Cofradía religiosa, y así se constituía un sistema de enlace que daba al país una unidad moral que trascendía las divisiones tribales, y mantenía un sentimiento difuso de comunidad nacional. A su través llegaban a los últimos rincones del Imperio, aunque insumisos, los acontecimientos nacionales o internacionales, y un Rogui o un Mulai Abdela-ziz se jugaban su destino.

Con el Protectorado, y la autoridad efectiva de un Majzen, la situación ha cambiado, pero el papel de las Zauías prestigiosas no ha desaparecido.

Bien es verdad que no siempre los jefes de las zauías y los chiu-j de las cofradías han estado a la altura de su misión política y social. Casos de egoísmo y de abuso, de egolatría, se han dado. Algunos casos, no lejanos en el tiempo, aunque sí en el lugar, han rondado el calificativo de traición nacional. Pero personas como Sidi Alí Ben Sidi el Hamid, ejemplar y recatado en su montañesa morada, y otros muchos que podría citar, y que no lo hago para no herir modestias ni susceptibilidades, bien merecen el cariño y el respeto de los marroquíes, que, por cierto, no les falta entre los cabileños a los que llega su consejo y apoyo. Aunque otra cosa sea entre los impacientes de las ciudades, de superficial intelectualidad, que en aras de un modernismo, bienintencionado, pero exclusivista y precipitado, quieren condenar a todo el pasado inmediato.

Ciertamente, las Zauías, en su acción moral y social, se encuentran ante un problema de adaptación a condiciones y hechos nuevos.

No es menos cierto que las Zauías realmente prestigiosas —porque el cabileño sabe distinguir con un acierto instintivo— están en disposición de hacerlo.

Y quizá sea un síntoma que anime al optimismo ese Cherif joven, que glosa el Corán los viernes en una de las mezquitas más escondidas del Rif, y que al mismo tiempo se interesa por la Astronomía científica.

En todo esto medité mientras, en el reposo nocturno, me arrebujaba entre las alfombras y almohadas que me destinaron por lecho en la Zauía.

En esta hora histórica de Marruecos y ante las tendencias que se dibujan en medio del justificado alborozo de los marroquíes, se actualizan aquellas meditaciones.

A los jóvenes que sienten un desprecio olímpico y hasta una confesada antipatía por todo lo que significa el cherifismo, el morabitanismo y las creencias ingenuas de las gentes sencillas, quisiera decirles: «¡Cuidado! No suprimáis una fe sin tener bien sentada otra fe con la que sustituirla.»

Conviene que los marroquíes más evolucionados tengan presentes estas cosas, que no renieguen de esa realidad que es el campo, reserva vital de todas las naciones. ¡Ay de los Estados que carezcan de «campo» en las dimensiones física y moral de la entidad! Y consideren eso de «lo que no es tradición, es plagio» lo cual no significa, antes al contrario, que debiéramos seguir cubriéndonos con hojas de parra, o dirimiendo nuestras diferencias a quijadazos de asno.

ANTONIO FORNÉS ANDRÉS

CRONICAS

